

Una vida, UNA NOVELA

GARY COOPER

EL HOMBRE DE LA
"SIMPATÍA UNIVERSAL"

* * *
*Un solo amor en
su vida:su esposa*

* * *
*PERO EN DOS
OCASIONES...*



2

PTAS.

¡Están a la venta!

ELIZABETH TAYLOR.—La muchacha de "grandes ojos y dulce mirada, mimada por la fortuna desde sus primeros pasos en el cine, ha aprendido con Mike Wilding lo que significa ser una esposa. La apasionante historia de una niña que ha crecido ante las cámaras y que cometió el error de contraer matrimonio antes de ser mujer.



MARYLIN MONROE.—Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Esta fué la primera vez que la gente se ocupó de Marylin Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalona hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.

MONTGOMERY CLIFT.—Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.



UNA VIDA, UNA NOVELA

GARY COOPER

- ◆ *Un rotundo fracaso como dibujante y un éxito inigualable como astro de la pantalla.*
- ◆ *Patricia Neal estuvo a punto de hacer fracasar su largo y feliz matrimonio.*
- ◆ *El hombre que le quitó la novia a un príncipe.*

Volumen n.º 7
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyrigth by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

El hombre que se hallaba sentado tras la mesa fué contemplando una a una las láminas que acababan de serle entregadas. Era un individuo grueso y de rostro poco simpático. Sostenía los papeles con una mano y con la otra los iba pasando, después de su examen, al último lugar del montón. No hizo ningún comentario ni dirigió una sola mirada al joven que se encontraba ante él, timidamente sentado al borde de una butaca, al otro lado de la mesa, sosteniendo sobre sus rodillas una vacía carpeta de cartón.

Nervioso por el resultado del examen a que estaban siendo sometidos sus dibujos, el joven comenzó a tamborilear distraídamente sobre la carpeta. Se dió cuenta de pronto del ruido que estaba produciendo en el silencioso despacho y tuvo un sobresalto. Miró al hombre gordo como temiendo una represalia, pero éste continuaba completamente absorto en los papeles. Cansado de aquella inactividad, se dedicó a pasear su mirada por toda la amplia estancia en la que había entrado unos minutos antes. Era un despacho lujoso y moderno, cómodo, tal como correspondía al director de un importante periódico. A través de un amplio ventanal, que ocupaba enteramente uno de los lados de la habitación, se veían las edificaciones de Hollywood, blancas y brillantes bajo el intenso sol de aquella mañana, y una serpenteante y larga valla que rodeaba las instalaciones de algún estudio cinematográfico.

Hasta él, desde la calle que se hallaba seis pisos más abajo, llegaba el ruido del motor de los coches, los claxons, y la voz estridente de algún vendedor callejero que debía haberse detenido al pie del edificio a pregonar su mercancía.

El golpe de los papeles contra el cristal de la mesa le hizo salir de su abstracción. Por unos instantes había llegado a olvidar dónde se encontraba. Miró al hombre gordo y lo que vió en su cara no le hizo sentirse alegre precisamente.

—Lo siento, amigo.

El joven le contempló durante medio segundo con sus tristes ojos, como intentando averiguar, ingenuamente, si de veras lo sentía o si se trataba de una simple expresión sin significado.

—¿No le interesan? —preguntó. La voz le salió ronca después del prolongado silencio. Carraspeó procurando no hacer demasiado ruido.

—No. No me interesan en absoluto.

El joven se armó de valor para decir:

—Yo podría hacer algo que a usted le gustara. Si tuviera la bondad de indicarme...

Tuvo que callarse al ver los movimientos de cabeza con que el otro le indicaba que todo era inútil.

—No lograríamos nada. Usted no sirve para este oficio, amigo. Dedíquese a otra cosa. Hay muchas maneras honradas de ganarse la vida. El arte no lo es todo. Hay que saber renunciar a él cuando es preciso...

Temiendo que el discurso se alargara, y comprendiendo que ya nada tenía que hacer allí, el

joven se puso en pie y comenzó a guardar los dibujos en la carpeta.

—Muchas gracias, de todos modos —dijo—. Siento haberle hecho perder el tiempo.

—No se preocupe. ¡Vienen tantos como usted! Inició la marcha hacia la puerta, pero el hombre gordo le detuvo.

—Oiga! Usted parece honrado y trabajador. ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Frank Cooper.

—¡Bien, Cooper! Tal vez yo pueda ofrecerle un empleo en mi periódico.

La expresión del joven se animó repentinamente. Era un individuo alto y delgado, de rostro triste y hundidas mejillas, con un lejano aire de hombre de las praderas. El traje que llevaba indicaba una situación económica bastante apurada.

—¿Qué clase de empleo?

El hombre gordo sonrió por primera vez. Quizá pretendía hacerse simpático, quizás en el fondo era una persona de tierno corazón, pero no lo parecía...

—Pues... no un puesto de gerente, desde luego —se rió un poco y añadió—: Al menos no por el momento. Pero puedo darle un sueldo para que no se muera de hambre, que es lo que va a pasarle si sigue empeñado en ganarse la vida dibujando.

—¿De qué se trata? —preguntó Cooper.

—Necesito un mozo para el almacén. ¿Le interesa?

Ahora fué él quien se sonrió, con su sonrisa triste y al mismo tiempo un tanto irónica.

—Lo siento, amigo —dijo, repitiendo las palabras que había escuchado unos momentos antes—. Creo que no serviría para este oficio.

Y dando media vuelta salió del despacho a pasos largos y desgarbados. En la antesala, dos mecanógrafas rubias, que más parecían extras de un estudio cinematográfico que empleadas de una oficina, alzaron los ojos de su trabajo y le miraron de un modo capaz de enorgullecer a cualquier hombre. Frank pasó por su lado sin verlas, con la carpeta bajo el brazo. Ellas juntaron las rubias cabecitas y murmuraron algo que, a juzgar por su expresión, debía ser bastante divertido.

Frank Cooper se detuvo en la puerta del edificio, antes de bajar el último peldaño que le separaba de la calle. Se metió la mano en el bolsillo y sacó tres o cuatro monedas. Las contempló distraídamente y las hizo saltar sobre la palma de su mano. Luego volvió a guardarlas.

—Mozo de almacén —pensó, sin moverse todavía—. Tal vez... tal vez...

Si el director de aquel periódico hubiese sido el primero que rechazaba sus dibujos, la cosa no tendría demasiada importancia. Pero por desgracia no era el primero, ni el segundo, ni el tercero, ni...

—Mozo de almacén —volvió a pensar—. Sería una solución de momento y...

Recordó el rostro del director y se imaginó a sí mismo entrando de nuevo en el despacho, solicitando el puesto que tan orgullosamente acababa de rechazar. ¿Qué cara pondría el hombre gordo?

Lo más probable es que rebosara de satisfacción y dijera:

—Veo que tiene usted sentido común, amigo. Ha comprendido que con sus dibujos no va a poder ganarse la vida.

Entonces Frank se dió cuenta de que jamás podría volver a entrar allí. Aquella puerta debía considerarse definitivamente cerrada.

Bajó el peldaño que le separaba de la acera y echó a andar pausadamente, sin rumbo, sin saber dónde debía dirigirse. Se detuvo al cruzar ante un escaparate en el que se exhibían vestidos femeninos. No le interesaban los vestidos femeninos, pero se detuvo a mirarlos. Era un pretexto como otro para dejar de pensar, una manera de decirse a sí mismo: «Ahora no pienso, no me preocupo, porque estoy ocupado mirando esto. Luego buscaré una solución a mis problemas.» Siempre resulta tentador alejar las preocupaciones.

—¿Vas a hacer algún regalo a una señora, Frank?

No se volvió inmediatamente al oír la voz que acababa de sonar a su espalda. Durante una fracción de segundo intentó adivinar quién podría ser el que acababa de saludarle. No tenía amigos en Hollywood. Alzó un poco la mirada, aún sin moverse, y vió reflejada en el cristal del escaparate la figura de un hombre casi tan alto como él, aunque bastante más grueso, vestido como un auténtico cowboy. Frank Cooper dio media vuelta.

—¡Jess! ¿Qué haces tú en Hollywood?

El otro soltó una carcajada.

—Llevo aquí casi un año. Tú debes ser un recién llegado, ¿no?

—Sí, algo así...

—¿Qué es lo que te ha atraído? ¿El cine? Frank alzó la carpeta que llevaba bajo el brazo y le dirigió una lánguida mirada.

El otro le observó con pena.

—¡Ah! ¿Todavía tus dibujos?

—Todavía.

—¿Has conseguido algo?

Frank negó con lentos movimientos de cabeza.

—No. Ni creo que vaya a conseguir nada...

Jess volvió a reírse, al tiempo que le daba una amistosa palmada en el hombro que le hizo tambalearse.

—¡Claro que no, muchacho! ¿Por qué no despiertas de una vez e intentas vivir de realidades? ¡Mirame a mí!

Se plantó ante él con las piernas y los brazos abiertos, como si verdaderamente estuviera convencido de que era un ejemplar digno de ser admirado.

Frank le observó de pies a cabeza, buscando el motivo de tanta satisfacción. Ya que no supo encontrarlo, preguntó:

—¿Qué es lo que haces tú?

—Y qué es lo que quieras que haga la gente en Hollywood?

—Cine? —inquirió Frank, perplejo:

—¡Claro, muchacho! ¡Cine!

—¿Eres artista?

Jess adoptó una actitud de falsa modestia.

—Bueno... No diría yo eso precisamente. En

realidad, yo hago lo que los grandes artistas no son capaces de hacer.

—No te comprendo...

—¿No? —soltó una carcajada—. ¿No has visto a esos valientes cowboys de las películas? ¡Pues la mitad de ellos no saben montar a caballo! ¿Cómo crees que solucionan eso? Muy sencillo: me llaman a mí y yo monto por ellos. ¡Doblaje, querido Frank! ¡Doblaje! El cine está lleno de trucos.

Los segundos que siguieron los dedicó Frank a estrujarse la barbilla entre el índice y el pulgar, mientras reflexionaba en lo que acababa de oír.

—Tú sabes, Jess —dijo luego—, que yo monto tan bien como el mejor.

—Nadie lo pone en duda.

—¿Crees... crees que podría hacer esta clase de trabajo?

—¿Por qué no? Si quieres te presentaré a mi jefe y tal vez lleguéis a un acuerdo.

—¡Andando! No quiero perder más tiempo pensándolo.

Jess emitió una de sus típicas y sonoras carcajadas.

—Me gustan los hombres decididos!

Emprendieron la marcha uno al lado del otro, charlando de sus viejos tiempos en Montana, donde unos años atrás se habían conocido.

Quince minutos más tarde llegaron a los estudios de la Fox. Al ir a cruzar la puerta, un portero de uniforme les detuvo.

—Eh! ¿Quién es ése? —preguntó a Jess.

El cowboy, para evitar explicaciones, replicó:

—Un caballista que William me ha pedido.
El hombre les dejó pasar.

—¿Es que guardáis secretos aquí dentro? —preguntó Frank, extrañado, cuando se hubieron alejado unos metros del portero.

—Hay que evitar que esto se llene de curiosos —informó Jess.

Al fracasado dibujante le parecía haber entrado en un mundo de maravilla. Estaban atravesando grandes patios que explicaban perfectamente la necesidad de alejar a los curiosos, que lo hubiesen invadido todo de no impedírselo el celoso portero de los estudios. Por todas partes aparecían edificaciones de los más diversos estilos, la mayoría de las cuales no constaban más que de fachada; carrozajes y automóviles de todas las épocas deambulaban de un lado para otro o permanecían estacionados ante las inhabitables casas; una humanidad, vestida a la moda de cualquier siglo, se movía entre aquella anacrónica mezcla de construcciones y vehículos. A cierta distancia, Frank Cooper distinguió incluso un enorme velero que en nada se diferenciaba de los auténticos.

—Por aquí —indicó Jess, haciéndole entrar en una oficina.

Dió unos golpes con los nudillos sobre una puerta y entró sin esperar respuesta.

—Pasa, Frank.

Tras una mesa de despacho se hallaba sentado un hombre de unos cincuenta años, que alzó la vista de los papeles que estaba examinando cuando les oyó entrar.

—¡Buenos días, William! —saludó Jess—. Quiero presentarte a un buen compañero. Este es Frank Cooper.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Supongo que vas a pedirme un empleo para tu amigo... —dedujo William, que parecía un individuo de trato agradable.

—No voy a pedir nada. Tan sólo estoy haciendo el favor de proporcionarte el mejor caballista que existe en Hollywood.

—De veras? Tú siempre dispuesto a ayudarme, ¿eh, Jess?

—Hago lo que puedo. Bien, ¿vas a emplear a mi amigo?

William se pasó la mano por la cara con expresión dubitativa.

—Pues... Creo que has acertado un buen momento... Sí. Claro que tendrá que demostrarnos que realmente sabe montar...

—¿Qué si sabe? —exclamó Jess—. Te aseguro que lo hace mejor que yo.

William le miró perplejo.

—¡Me sorprendes, Jess! ¿De dónde has sacado tanta humildad? Desde luego, después de lo que acabo de oír voy a ahorrarme la molestia de someter a prueba a tu amigo.

Y dirigiéndose a Frank Cooper, añadió:

—Diez dólares por día de trabajo. ¿Le interesa?

—Sí, sí. Me interesa —repuso el dibujante, que no había tenido ocasión de intercalar una palabra desde que entrara en el despacho.

—Naturalmente, no va a trabajar los siete días

de la semana. Le avisaremos cada vez que nos haga falta.

—De acuerdo.

William le tendió de nuevo la mano.

—Pues hasta pronto. ¡Y que le cine le sea propicio!

Y así fué...

* * *

Al cabo de unos años, Cooper, que cambió el nombre de Frank por el de Gary, se había convertido en uno de los actores más famosos del mundo. El fracasado caricaturista dió paso al triunfante astro de la pantalla. No obstante, gloria y dinero no consiguieron hacerle perder su aire de hombre sencillo, bueno, y amable con todo el mundo. Los que han trabajado con él le consideran un compañero agradabilísimo, que no disputa con nadie y está siempre dispuesto a dar una oportunidad a los que empiezan, no protestando nunca cuando un productor lo usa para introducir a una estrella desconocida. No es de esos —desgraciadamente tan abundantes— que aprovechan cualquier ocasión para darse importancia y exhibirse ante el público como una reina de la belleza.

A pesar de no ser un hombre dominado por el afán de lucro, ha demostrado siempre poseer un buen sentido de los negocios. Le agrada que su trabajo le rinda todo lo posible —cosa muy natural— y sabe cómo conseguirlo. Por ejemplo, cuando terminó su primer contrato con la Paramount, estos estudios le ofrecieron la renovación del mis-

mo con un sueldo de trescientos dólares semanales, o sea, el doble de lo que hasta entonces había estado ganando. Gary Cooper supo calibrar el interés de la Paramount en retenerle, por lo que pudo permitirse el lujo de rechazar la oferta como si no le conviniera y marcharse a cazar durante un mes. A su regreso, firmó un contrato que le aseguraba 1.750 dólares a la semana.

* * *

Frank Cooper nació en Helena, Montana, en el año 1901. Su padre, un abogado británico, era por aquel entonces juez adjunto de las Altas Cortes de Justicia de Montana, el montañoso Estado norteamericano dedicado a la agricultura y a la explotación de sus ricas minas de oro, plata y piedras preciosas. Helena, capital del Estado, es una pequeña ciudad que no llega a los veinte mil habitantes.

A los nueve años de edad, Frank fué mandado a un colegio de Inglaterra, en Bedfordshire, donde permaneció cuatro años. Era entonces un muchacho alto y delgado, quieto y de aspecto algo melancólico. Tenía la virtud de saber inventar y contar sorprendentes historias del salvaje y fiero Oeste americano. En el patio del colegio conseguía reunir a su alrededor a un coro de chiquillos que escuchaban embelesados las emocionantes aventuras de aquellos imaginarios personajes.

—...Entonces «El Pájido» sacó rápido sus pistolas —contaba Frank, con tanto realismo como si él hubiera presenciado la escena—. Joe se dió

cuenta de que no podía luchar con él estando desarmado, pero era preciso hacer algo antes de que fuera demasiado tarde para salvar a Mary...

Hay que hacer constar que, a pesar de sus combativas invenciones, Frank Cooper nunca fué un muchacho pendenciero, sino todo lo contrario.

Años más tarde, un oficial del Foreign Office, antiguo condiscípulo suyo, dijo hablando de él:

—Por sus maneras, más parecía inglés que americano. Era de carácter reservado en sus cosas íntimas. Respetaba la vida privada de los demás y deseaba que, asimismo, se respetara la suya. No era hombre fácil, pero sí muy simpático y sociable. Si alguien me hubiera dicho que llegaría a ser artista de cine, me habría parecido una solemne tontería.

Frank tenía trece años cuando regresó a Montana, donde ingresó en el colegio de Bozeman. Fué entonces cuando se inició en él la afición al dibujo y a la caricatura.

En un accidente de automóvil que sufrió yendo con su padre, Frank tuvo la desgracia de fracturarse una pierna. Guardó cama durante una buena temporada, y cuando pudo comenzar a caminar fué enviado a una granja que poseía uno de sus tíos, para que acabara de reponerse y se recuperara del tiempo que había tenido que permanecer encerrado en casa.

Frank comenzó a pasear, cojeando todavía, por los prados de la granja. Un día se le ocurrió preguntar a su tío:

—¿No crees que podría aprovechar mi estancia aquí para aprender a montar a caballo?

—Pues ...si no tienes miedo de quebrarte algún hueso, no me parece mala idea.

El muchacho no tuvo miedo, y en poco tiempo se convirtió en un experto jinete. Años más tarde, siendo ya un famoso astro de la pantalla, comentó:

—Entonces me di cuenta de que montar a caballo era más fácil, y sobre todo mucho más cómodo, que andar.

La vida en la granja era agradable y divertida, pero, como es natural, tuvo que abandonarla para regresar al colegio. Despues de graduarse entró en el «Wesleyan College», pasando luego al «Grinnell College», en Iowa, donde permaneció tres años y medio. Al terminar sus estudios volvió a Helena, con la pretensión de ganarse la vida como caricaturista. Ciento que el diario local aceptaba y publicaba sus dibujos, pero, según afirmó el más tarde, no había manera de cobrar ninguno.

Por aquel entonces, el padre de Frank abandonó la carrera de juez, marchándose al sur de California para administrar las fincas de algunos parientes. Frank decidió instalarse en Hollywood y probar de nuevo fortuna como dibujante.

—Tal vez allí tenga más suerte —pensó.

Pero no fué así. O mejor dicho, fué así, aunque la suerte no le llegó, ni mucho menos, por el camino que él esperaba. Su situación era ya extremadamente apurada cuando, gracias a la intervención de su antiguo amigo Jess, consiguió el modesto empleo de doblador de cowboys.

A pesar de sus reiterados fracasos, Cooper sigue siendo un gran aficionado al dibujo. Cuando

en 1952 estuvo enfermo durante una buena temporada en un hospital de Nueva Orleans, pasó el tiempo haciendo dibujos, que luego fueron publicados en importantes periódicos norteamericanos. En su casa tiene una interesante colección de pinturas.

* * *

Frank Cooper, doblador de cowboys en Hollywood, apenas podía vivir con su sueldo. Bien es verdad que su situación había mejorado notablemente desde que consiguiera el empleo, pero estaba claro que con éste no iba a hacerse millonario. Cobraba diez dólares por día de trabajo, lo cual no estaba mal, pero el caso es que estos días no solían ser más de dos a la semana.

Cuando se enteró de que Tom Mix, popular actor de aquellos tiempos, ganaba 70.000 dólares al mes, sintió que algo se excitaba en su ánimo.

—Realmente —pensó—, el cine es algo que vale la pena tomar en serio.

Comprendió que si permanecía pasivamente esperando que alguien fuera a ofrecerle algo bueno se exponía a terminar sus días como humilde doblador de los grandes actores. Era preciso hacer algo, ir en busca de la fortuna en lugar de esperar a que la fortuna fuera a buscarle a él.

Hizo verdaderos esfuerzos para conseguir algunos ahorros, y luego entró en contacto con un agente de publicidad. Ese era el único camino que podía conducirle con cierta rapidez al estrellato.

En la oficina del agente de publicidad traba-

jaba una chica llamada Nan Collins, que se convirtió en una buena amiga de Frank. Salían juntos algunas veces y hablaban de sus proyectos para el futuro.

—Estoy segura de que triunfarás —decía ella—. Tendrás éxito precisamente porque tu personalidad es completamente distinta de la de todos esos primeros galanes, que parecen haber sido cortados con el mismo patrón. Tú gustarás a la gente porque te presentarás ante el público sin ese aire de suficiencia que resulta tan cargante.

—¡Ojalá tengas razón, Nan! Yo a veces temo que lo que te gusta de mí sea lo que me hunda. ¿Crees que podemos luchar contra la corriente?

—¡Claro que sí! Lo que sucede es que para hacerlo se necesita tener una fuerza, un valor real, que no todos tienen.

—Y tú confías en mí...

—Plenamente!

—Gracias, Nan. Eso me da ánimos...

—Ahora demos a nuestra conversación un giro hacia terrenos profesionales. No olvides que trabajo para tu agente de publicidad.

—No lo olvido —sonrió él—. ¿De qué quieres hablar?

—De tu nombre. No me gusta el de Frank. Además, no sé si estás enterado de que en el cine existen ya dos Frank Cooper. Tu nombre es muy poco original.

—¡Ah! ¿Qué vamos a hacer?

—Buscar otro.

El se frotó la barbilla con la mano durante unos segundos.

—No se me ocurre...

—A mí sí. Lo tengo pensado desde hace un par de días. ¿Qué te parece Gary? ¡Gary Cooper! Sueña bien.

—Bueno... Si a ti te parece que suena bien... ¡Sea Gary Cooper!

Y éste fué el nombre con que se hizo famoso.

El agente de publicidad no resultó un gasto innútil. Logró interesar al productor Sam Goldwin, y éste hizo a Gary Cooper las primeras pruebas de escena. Así fué como consiguió un importante papel en la película «The Wining of Barbara Worth», que le dió a conocer al mundo.

A partir de aquel momento, la carrera cinematográfica de Gary Cooper emprendió una ruta brillante y siempre ascendente. La muralla que separa el anonimato de la fama estaba vencida; ahora ya sólo era cuestión de ir subiendo por la suave y plateada escalera del éxito. Hoy, cuando el astro cuenta ya cincuenta y cuatro años de edad, continuamos viéndole en nuestras pantallas con su expresión un poco hurafía, de muchacho tímido, en posesión aún de todas sus facultades interpretativas.

Para los aficionados al cine, el astro suele ser una combinación de todos los grandes papeles que ha encarnado. No obstante, cometiera un error quien quisiera ver en Gary Cooper al hombre toso, pobre en palabras y con ademanes de vaquero del Oeste. Muy al contrario de todo esto, Cooper

es un caballero de finas maneras, con una voz educada y una agradable pronunciación.

El célebre director Cecil B. De Mille dijo de él:

—Aunque dé la impresión de pensar con lentitud, es un hombre extremadamente agudo y mordaz. Mucha gente cree que éi es en la realidad tal como se presenta ante las cámaras, pero yo le he dirigido y puedo asegurar que no. Esta es su técnica y actúa según ella. La verdad es que es tan gran actor que ha conseguido convencer a medio mundo de que su auténtica personalidad es la que aparece en la pantalla.

Y el periodista Del Arco, que sostuvo una entrevista con él, escribió en la revista «Menaje»: «Me dió la impresión de que cuando Gary Cooper ve venir a un periodista dice para sus adentros: "No hay más remedio. ¡Qué se le va a hacer!" A estas alturas debe estar ya de vuelta de todas las vanidades, pero no olvida que se debe al público y se aguanta. Se deja zarandear por unos y otros, firma autógrafos a diestro y siniestro, y acepta invitaciones del primero que llega. Es realmente un buenazo. Como en las películas, pero más...»

* * *

Durante muchos años, Gary Cooper despertó en las mujeres un instinto maternal. Parece tan inocente, apocado y hurafío —a pesar de no ser nada de eso—, que provocaba, más que nada, un deseo de protegerle.

Seguramente sin proponérselo, consiguió que

todas las bellezas de Hollywood se interesaran por él. Clara Bow, Lupe Vélez, la condesa Di Frasso —nombres hoy casi olvidados, pero rutilantes en un pasado no muy lejano—, y docenas de mujeres intentaron conquistarle.

Gary se dejaba querer; no era esquivo mientras no viera el peligro demasiado cerca. Pero desaparecía timidamente en cuanto se hablaba de matrimonio. No tenía nada en contra de las mujeres, pero ninguna le parecía lo bastante buena para convertirla en su esposa.

—El matrimonio es una cosa muy seria —decía—. Una unión que debe durar toda la vida.

—¡Bueno...! —replicaba algún compañero menos circunspecto—. No creo que sea para asustarse. La mayoría de los hombres se casan y no les sucede nada.

—Pero es que yo no quiero casarme como la mayoría. Quiero hacerlo bien. Y no me parece nada fácil encontrar una mujer a cuyo lado pueda sentirme feliz año tras año.

Su popularidad entre las mujeres alcanzó extremos raramente superados.

En cierta ocasión, Gary Cooper debía asistir al estreno de una película titulada «Design for Living», de la que eran protagonistas él y la actriz Miriam Hopkins. Mucho rato antes de la hora señalada para la proyección, una ingente multitud de mujeres se había congregado junto a la puerta del cine, ansiosas todas de ver al natural, y a pocos metros de distancia, al célebre astro de la pantalla.

Gary Cooper se apeó del automóvil y comenzó

a cruzar la amplia acera que le separaba de la entrada del cine, pasando por en medio del estrecho pasillo que formaban las mujeres apretujándose las unas contra las otras. De pronto, y sin que pudiera determinarse de qué manera se inició el movimiento, la masa de admiradoras se desbordó sobre el escaso espacio libre por donde transcurría el actor. Gary Cooper se sintió preso bajo aquella enloquecida avalancha de admiradoras excesivamente efusivas, siendo necesaria la intervención de un buen número de policías para que pudiera continuar su camino y entrar en el cine con el traje arrugado, la corbata en el cogote y los botones arrancados.

* * *

Era el año 1932 cuando Gary Cooper asistió a una fiesta en casa de Cedric Gibbons, uno de los directores de la Metro. Una fiesta lujosa y animada, como son siempre las de la gente de cine. Pero la casa se hallaba demasiado llena de invitados y Cooper se sentía un poco cansado y fastidiado de aquel ambiente. Con una copa de champaña en la mano, dirigió a su alrededor una mirada con la esperanza de encontrar a alguien con quien pudiera aislarle un poco de todo aquello. Inútil empeño. Cuantas personas había allí parecían estarse divirtiendo enormemente. Con un gesto de resignación, Cooper dió unos pasos hacia atrás para apoyar su espalda contra la pared, puesto que no se veía una silla libre en todo el salón. Fué entonces cuando chocó contra alguien

y volvió rápidamente la cabeza para pedir disculpas.

—¡Oh! ¡Perdón...!

Se halló ante Rocky, la joven sobrina de Cedric Gibbons, que había trabajado en algunas películas con el nombre de Sandra Shaw.

—No ha sido nada —bromeó la muchacha—. Creí que tenía tiempo de pasar entre tu espalda y la pared, pero por lo visto he calculado mal.

—Lo siento... —insistió Gary, sin saber aún si debía iniciar una conversación de cumplido o dejar que la chica continuara su camino.

—Te has echado todo el champaña por encima —dijo ella, señalando su smoking.

A causa del choque, la copa que Gary tenía en la mano había vertido casi todo su contenido sobre el traje.

—No te preocupes —replicó él—. El champaña no mancha.

—Eso dicen, pero creo que será mejor secarlo. Ven conmigo.

Y cogiéndole de la mano le hizo cruzar el salón por en medio de los alegres grupos y las apretadas parejas que bailaban al compás de una orquesta cubana.

Recorrieron un trecho de pasillo y entraron en un pequeño despacho que no había sido invadido por los invitados. Rocky abrió un armario del que sacó un trapo limpio. Se acercó a Gary y comenzó a frotar suavemente el mojado smoking. Luego alzó la cara y le miró.

—Bien... Ya está —dijo.

De pronto, pareció haberse establecido entre

ambos una extraña corriente. Gary, que hasta entonces había tratado muy poco a la muchacha, tuvo la impresión de estar viéndola realmente por primera vez. Permanecieron un tiempo indeterminado mirándose a los ojos, sin sonreír. Tal vez transcurrieron un par de segundos, o quizás fueron varios minutos. No importaba. No era cuestión de tiempo, sino de intensidad, de emoción. Después se dieron cuenta de que estaban besándose. Se separaron lentamente y volvieron a mirarse a los ojos.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó ella, sin saber en realidad cuál de los dos había sido el culpable de aquel beso.

—No lo sé... —repuso Gary pensativamente—. ¿Te ha molestado?

Desde allí se oía la orquesta y la algarabía del salón, pero ellos dos parecían rodeados de un raro silencio, como si se hallaran encerrados en una caja de cristal.

—No... —dijo Rocky—. No me ha molestado. Siguió una larga pausa. Se sentían incapaces de moverse, ligados el uno al otro. Ahora sabían que todo había cambiado desde que entraron en aquel despacho. No hubieran podido decir qué era lo que les hacía diferentes. Algo muy íntimo, muy fuerte, insoslayable... Ese fenómeno que sólo se produce cuando se encuentran dos personas que han sido creadas la una para la otra, que han estado buscándose desesperadamente sin saber lo que buscaban...

Gary colocó sus dos manos sobre los hombros de la muchacha. La sintió temblar un poco. Con voz muy queda preguntó:

—Rocky, ¿quieres casarte conmigo?

Ella no dudó. Sabía que no podía dudar. Lo sabía desde que se inició esa nueva vida para ellos dos, cuando estuvieron mirándose a los ojos durante un tiempo indeterminado.

—Sí, Gary. Quiero.

* * *

En poco tiempo, Gary y Rocky adquirieron fama de ser el matrimonio más feliz de Hollywood. Su vida era un idilio continuo, una prolongada luna de miel. Un hombre y una mujer que se divertían juntos, que juntos gozaban de la existencia.

—Rocky, voy a enseñarte a tirar.

—¿De veras? —entre ilusionada y temerosa—: Me dan miedo las armas de fuego.

—¡Chiquilla! Mi mujer no puede decir una cosa así. Toma. Apoya bien la culata en el hombro.

—¡Huy! ¡Cuánto pesa!

—Cállate. Tú eres una mujer fuerte. Aprieta el gatillo. ¡Eh! No hace falta que muevas todo el brazo.

—¡Oh! ¡Oh! Esto golpea muy fuerte al dispararse.

—A lo mejor está viva! —riendose y abrazándola—. Llegarás a ser una campeona.

Y lo fué. En 1938, un año después del nacimiento de su hija María, Rocky ganó el campeonato femenino de tiro, en California.

—Crees que yo no puedo enseñarte nada a ti, Gary? ¡Pues voy a enseñarte a esquiar!

—¡Bah! Eso saben hacerlo hasta los niños.

—Pero tú no eres un niño. Procura no romperme una pierna.

—¡No me hagas reír! Ahora verás... ¡Eh! Esto no puede sujetarse al zapato.

—Claro, claro... —con ironía—. Es un poco difícil ponerse un esquí al revés.

—Bueno, bueno. Ya comprenderás que ha sido una distracción. Al fin y al cabo es la primera vez que...

—Cuidado. ¡Ajá! Ahora puedes dejarte deslizar por la pendiente.

—¡En seguida!

—¡No, Gary! No te des impulso. No eres más que un aprendiz.

—¡Mira, Rocky! ¡Mira como me sostengo!

—¡Cuidado! ¡Cuidado!... ¡Oh, Gary! ¿Te hiciste daño?

—La pierna... la pierna. Creo que me la he roto. No puedo moverla. Debiste advertirme, Rocky. ¿Por qué no me dijiste que esto era peligroso?

—Si no estuvieras sentado encima del esquí tal vez podrías mover la pierna. ¿Quieres probarlo?

—¡Oh! ¡Ay! ¡Ah! Pues... ¡se mueve! ¡Mira como se mueve! ¡Y no me duele! No ha sido nada, tontita. ¿Por qué te asustaste?

María, la hija de Gary y Rocky, completaba la felicidad del matrimonio. Gary se sentía orgulloso de la niña. Cuando un periodista le pidió que le hablara de ella, dijo:

—No me resulta fácil ser objetivo al referirme a mi hija, pero creo que es una de las niñas más listas y buenas que jamás he visto. Me gusta salir

con ella, y, en muchos aspectos, es ya una mujercita. Estoy seguro de que será una mujer tan extraordinariamente admirable como su madre.

La vida les sonreía a los tres. Nada parecía capaz de destruir su dicha.

Sin embargo...

* * *

¿Qué sucedió al cabo de diecisiete años de matrimonio? Tal vez tuvo la culpa algún trastorno producido por esa edad crítica en que el hombre siente alejarse la juventud. Por algo la llaman «la edad peligrosa».

El caso es que Gary Cooper, que durante diecisiete años había sido un esposo modelo, comenzó a interesarse vivamente por Patricia Neal, la joven actriz llegada a Hollywood después de haber triunfado en el teatro, y que protagonizó con Gary la película «El Manantial». Llegó a rumorearse que él contribuyó a elevarla al estrellato. Y hay quien afirma que Patricia le interesó porque es una mujer física y espiritualmente «a su medida». Alta, de fuerte personalidad, de inteligencia viva, pero de pocas palabras, imponiéndose más por la sugerión de una mirada que por el despliegue verbal. Tiene la vigorosa serenidad y el encanto de las mujeres del sur de los Estados Unidos, como Gary posee la vigorosa serenidad y el encanto de los hombres de las praderas.

El interés mutuo se transformó en idilio, y el afecto comenzó a cobrar hondura, hasta plantear al astro un conflicto inevitable: o alejarse de Pa-

tricia o divorciarse de Rocky. Contra la atracción que sobre él ejercía la nueva estrella, luchaban la solidez de su largo vínculo matrimonial con Rocky y su gran amor paternal por su hija, así como su espíritu conservador y un peculiar sentido de lo justo que le impedía cometer un acto que pudiera provocar la infelicidad de otros.

—No puedo, Patricia. No puedo abandonarlas. Sería una canallada.

—Tú no tienes la culpa. Estas cosas son inevitables. Sucedan...

—Por nada del mundo quisiera perderte, Pat. Pero me horroriza pensar en el divorcio. Cuando Rocky y yo nos casamos, sabíamos que era para toda la vida. Siempre he pensado que el matrimonio no puede ni debe romperse.

—A veces es preciso cambiar de modo de pensar. Es humano.

—O inhumano, Pat, cuando este cambio hace daño a alguien.

Un silencio intenso, cargado de dudas, de ideas contradictorias.

—Te quiero, Gary. Pero no voy a forzarte a nada que vaya en contra de tu manera de ser. Debes decidir tú solo. Yo sabré resignarme...

Gary Cooper se debatió desesperadamente en la incertidumbre. Había sucedido lo inesperado, lo que él nunca creyó que pudiera llegar. ¿Cuál era ahora el camino? ¿Rocky, la esposa amada durante tantos años? ¿Patricia, el nuevo amor que había prendido en su corazón como una llama viva? Se sentía incapaz de tomar una determinación, incapaz de hacer el esfuerzo que representa-

ba el apartarse de una de aquellas dos mujeres. Le parecía que para seguir viviendo necesitaba tener las dos a su lado, amar y sentirse amado por ambas. Pero eso era un absurdo, una idea que sólo podía germinar en la fiebre de aquella duda agotadora.

Se sintió como encerrado dentro de un círculo de inabordables muros. Llegó a convencerse de que nunca sería capaz de decidir por sí mismo el camino a seguir...

Entre tanto, Rocky, cansada de aquella situación, herida en su dignidad de esposa, abandonó Hollywood y el hogar de su marido, llevándose consigo a su hija María.

Y esto fué el golpe que hizo reaccionar a Cooper. Al verse solo, al faltarle la presencia de Rocky y María, se dió cuenta de que debía correr tras ellas, de que sólo a su lado hallaría de nuevo la paz y la felicidad. Temeroso de cómo pudiera reaccionar su esposa, Gary la llamó por teléfono y le dijo prudentemente que iría el fin de semana a ver a María. Rocky no le guardaba rencor; estaba dispuesta a olvidar.

La reconciliación del matrimonio hizo que sus vidas volvieran al cauce por el que durante tantos años se habían deslizado.

No obstante, el peligroso declive por el que Gary había comenzado a caer no había terminado todavía.

Hubo una nueva separación cuando, pocos meses después, Gary Cooper decidió acogerse a ese beneficio legal que exime de pagar impuestos sobre los beneficios a los norteamericanos que du-

rante dieciocho meses seguidos trabajen fuera de los Estados Unidos. Para ello se fijó un programa de filmaciones que comenzó en la paradisiaca isla de Samoa, donde rodó «Retorno al paraíso», en tecnicolor. Allá estuvo a menudo en fiestas típicas de los mares del Sur, sin ocultar demasiado el placer que le producía la compañía de las muchachas de las islas.

Terminada esta película, se fué a Méjico para protagonizar «El viento salvaje», y allí se habló mucho de unos amores entre él y una muchacha argentina de paso por aquel país. Aunque la verdad es que apenas comenzó a circular este rumor, ya se hallaba Gary cruzando el Atlántico rumbo a Europa.

* * *

Giselle Pascal era una hermosísima vendedora de flores en el mercado de Cannes. Un día la vieron los productores Achard y Allegret, quedaron seducidos por su belleza y le ofrecieron un contrato. Este fué el comienzo. La acompañó el éxito y logró entrar en el teatro de Montecarlo, donde interpretó obras clásicas y modernas.

Fué entonces cuando el príncipe de Mónaco, Raniero, la conoció y se enamoró de ella. Según los arcaicos cánones de la nobleza, Raniero no podía casarse con la joven actriz, puesto que ésta no llevaba sangre azul en las venas. A pesar de todo, el príncipe y la estrella se prometieron.

Nadie dudaba de que habría boda, pero... llegó

Gary Cooper y no hubo más remedio que comenzar a dudar.

Gary conoció a Giselle en Cannes, donde el actor americano causó una verdadera revolución entre el elemento femenino. El dueño del hotel donde se alojó dijo que aguardaban al astro, a su llegada, más de cien cartas con ardientes declaraciones de amor, y que tuvo que poner porteros especiales para vigilar a las mujeres que querían llegar hasta las habitaciones de Cooper.

Gary y Giselle salieron juntos muchas noches. Recorrieron todos los lugares románticos de la Costa Azul. Pasearon por las carreteras costeras, comieron en los restaurantes típicos, hicieron breves cruceros marítimos, bailaron, jugaron y se divirtieron. Cuando se habló de un romance entre ellos, no intentaron desmentirlo.

El idilio de Gary y Giselle puso punto final a la romántica aventura de Raniero y la ex vendedora de flores. Para Mónaco fué mejor así. Si el príncipe se hubiera casado con Giselle, su hijo no habría tenido acceso al trono, y, al no existir un sucesor de Raniero, el pequeño país sería anexionado a Francia y sometido a sus leyes e impuestos.

Según afirmó más tarde Giselle Pascal, su ruptura con Raniero se debió puramente a razones de Estado.

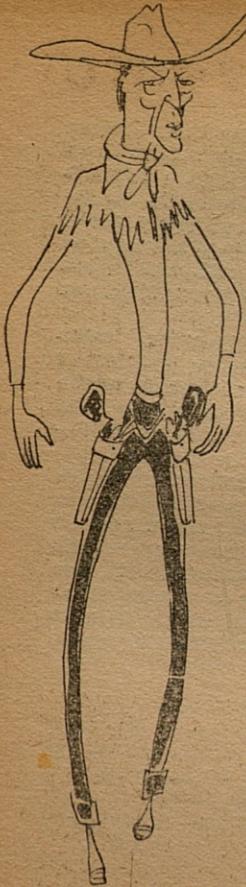
—Gary es un buen compañero —dijo—. Pero nuestra amistad nada tiene que ver con mi ruptura con el príncipe...

Quede a juicio de cada cual la interpretación de los hechos.

Sea lo que fuere, el caso es que Gary Cooper no tardó mucho tiempo en dar por terminado su idilio —nosotros lo llamaremos así, para llamarlo de algún modo— con la linda francesita. Se reunió de nuevo con su esposa y con su hija y asistió con ellas al festival cinematográfico de Berlín, donde fué objeto de entusiastas aclamaciones. De allí se trasladaron los tres a Roma, siendo recibidos en audiencia por Su Santidad Pío XII.

Desde entonces, Gary y Rocky no han vuelto a separarse. Ella ha demostrado ser una mujer sabia y prudente, que conoce el hondo cariño que su esposo siente por ella y su hija, y sabe cómo sortear los obstáculos que, circunstancialmente, puedan poner en peligro su felicidad.

Por su parte, Gary parece haber superado ya esa crisis que durante una temporada estuvo a punto de arruinar su largo y feliz matrimonio. Se ha impuesto el hombre sensato, que era o único que podía esperarse de este simpático cowboy, que tantas veces hemos visto montar a caballo de un ligero salto para emprender la persecución de unos bandidos o para correr al rancho donde le espera su amada.



Así es GARY COOPER

Una indiscreta periodista efectuó en Hollywood una encuesta a base de la siguiente pregunta:

—Cuando un artista de cine ha cumplido los treinta años, ¿debe ocultar su verdadera edad?

Y he aquí la respuesta de Gary Cooper:

—Ocultar mi verdadera edad? ¿Por quién me toma usted? Mis cincuenta y cuatro años no son un secreto para nadie. Cuando el público empiece a cansarse de mí, me retiraré. Mientras tanto, ¿por qué he de preocuparme?

Cuenta Gary Cooper que una tarde iba conduciendo su automóvil por una calle en la que el tráfico era intensísimo. Tuvo que pasar por el lado de un coche que una señora estaba intentando estacionar en un espacio insuficiente. Gary aminoró la marcha hasta casi detenerse al darse cuenta de la impericia de la conductora. Pero esta precaución no le valió de nada; el automóvil salió de pronto disparado y se estrelló contra el del actor.

La señora, enrojecida y furiosa, sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Usted estaba viendo que yo iba a hacer alguna estupidez! — gritó —. ¿Por qué no esperó a ver qué era?

(Dibujo de Muntañola)



án a la venta!

AYNE.—El actor más «taquillero» de América fué en su juventud timido con las mujeres. Ahora se le considera uno de los hombres que pagan mas crecidas cantidades en concepto de pensiones a sus ex-esposas. Una biografía sentimental y dinámica, en la que se plasma maravillosamente la triunfal carrera de este hombre que ha sabido ganarse las simpatías de Hollywood y de todos los aficionados al cine.



ERROL FLYNN.—La vida de un muchacho que no supo conformarse con la existencia plácida que su posición familiar le ofrecía. Por propia voluntad fué vagabundo, ayudante de cocinero, soldado, marinero, pescador de perlas, y otros mil oficios hasta llegar a ser escritor y astro de la pantalla.

MARLON BRANDO.—Este actor tan distinto a cuantos hasta ahora hemos conocido, ha buscado durante años un amor que tal vez no existe. En las páginas de su biografía encontrará usted a Shelley Winters, a Movita, a Josiane... mujeres que le amaron y que él creyó amar.

¡DE PROXIMA APARICION!



ROCK HUDSON

Rock Hudson, que se ha convertido en el ídolo número uno de las mujeres norteamericanas, fue abandonado por su novia mientras se hallaba haciendo la guerra en el Pacífico. Intentó varios oficios antes de presentarse a los Estudios en busca de trabajo. Su madre ha sido siempre su gran amor y su guía.

GINA LOLLOBRIGIDA

Feliz y enamorada de su marido, Gina está ascendiendo a una velocidad vertiginosa la escala de la fama. Después de triunfar en Europa despertó el entusiasmo del pueblo norteamericano, cuya prensa la llamó «la Marilyn Monroe morena». Un contrato con Howard Hughes le impide trabajar en los Estados Unidos.



CLARK GABLE

Uno de los pocos veteranos del cine que se mantienen firmes en su puesto de primera línea. Procedente del teatro, ha trabajado ante las cámaras con las más célebres artistas. Un ídolo de las mujeres que no ha conseguido arraigar en ninguno de sus matrimonios. En su biografía hallará los curiosos consejos que da este actor para conservar la salud y vivir muchos años.



LESLIE CARON

La dulce «Lili» tuvo que luchar contra la voluntad de su padre para poder ser bailarina. Muy pronto, Gene Kelly la descubrió para el cine y la convirtió en una de las más cotizadas estrellas de Hollywood. Una amena historia en la que se describe el curso de su carrera y el fracaso de su matrimonio con un excéntrico millonario.

